

SUS súbditos con dulzura y con bondad: consagró sus cuidados y vigili-
 á la exaltación de la religión cristiana.... Bajo su reinado fué severamente
 castigado el vicio (1): sus enemigos cedieron á su valor; Navarra y Aragón
 tuvieron á honor rendirle homenaje, como la mayor parte de los príncipes
 mahometanos.» «Bajo cualquier punto de vista, dice otro moderno histo-
 riador, que se mire la vida de Alfonso VII, por todos lados aparece gran-
 da, activa, gloriosa. Verdad es que se encuentran en ella algunos lunares.
 No contento con engrandecerse á expensas de los moros, también probó
 hacerlo algunas veces á costa de los reyes sus vecinos: mas como en los
 últimos años de su vida comprendiese los deberes que le imponía su título
 de emperador, procuró sin descanso reconciliar todos aquellos príncipes
 rivales, y reunir las fuerzas de la cristiandad contra sus eternos enemigos.
 Pocos reyes se han mostrado más dignos del trono.... el nombre de *Em-
 perador* no fué para él un objeto de ambición vulgar; á falta de la unidad
 monárquica, para la cual no estaba todavía en sazón la España, le dió por
 lo menos la unidad feudal.»

Con razón, pues, lloraron su muerte todos sus súbditos. La noticia del
 fallecimiento apartó á su hijo don Sancho de las fronteras de los moros,
 así para dar honrosa sepultura al cadáver de su padre, que fué llevado á
 Toledo, como para encargarse del gobierno de Castilla. Su hermano don
 Fernando estaba declarado ya también rey de León.

CAPÍTULO VIII

LOS ALMOHADES

Su origen y principio.—Doctrina y predicaciones de Mohammed Abu Abdallah.—Toma
 el título de Mahedi.—Persecuciones, progresos y aventuras de este nuevo apóstol
 mahometano.—Abdelmumén: sus cualidades: asóciase al profeta.—Triunfos mate-
 riales y morales de estos reformadores en Africa.—Toman sus sectarios el nombre
 de Almohades: conquistas de éstos.—Muerte del Mahedi y proclamación de Abdel-
 mumén.—Victorias del nuevo emir de los Almohades.—Muere el emperador de los
 Almoravides Alí ben Yussuf, y le sucede su hijo Tachfin.—Los Almohades conquis-
 tan á Orán, Tremecén, Fez y Mequinez.—Muerte desgraciada del emperador Tach-
 fin.—Revolución en España á favor de los Almohades.—Conquista Abdelmumén á
 Marruecos: hambre y mortandad horrorosa: Ibrahím, último emperador de los Al-
 moravides: muere asesinado por Abdelmumén.—Fin del imperio Almoravide en
 Africa y España.—Dominan allá y acá los Almohades.

Otra nueva raza africana ha invadido la península española, y echado
 en ella los cimientos de una nueva dominación. ¿Quién era y cómo se
 formó, y cómo vino á España este pueblo, enemigo también del nombre

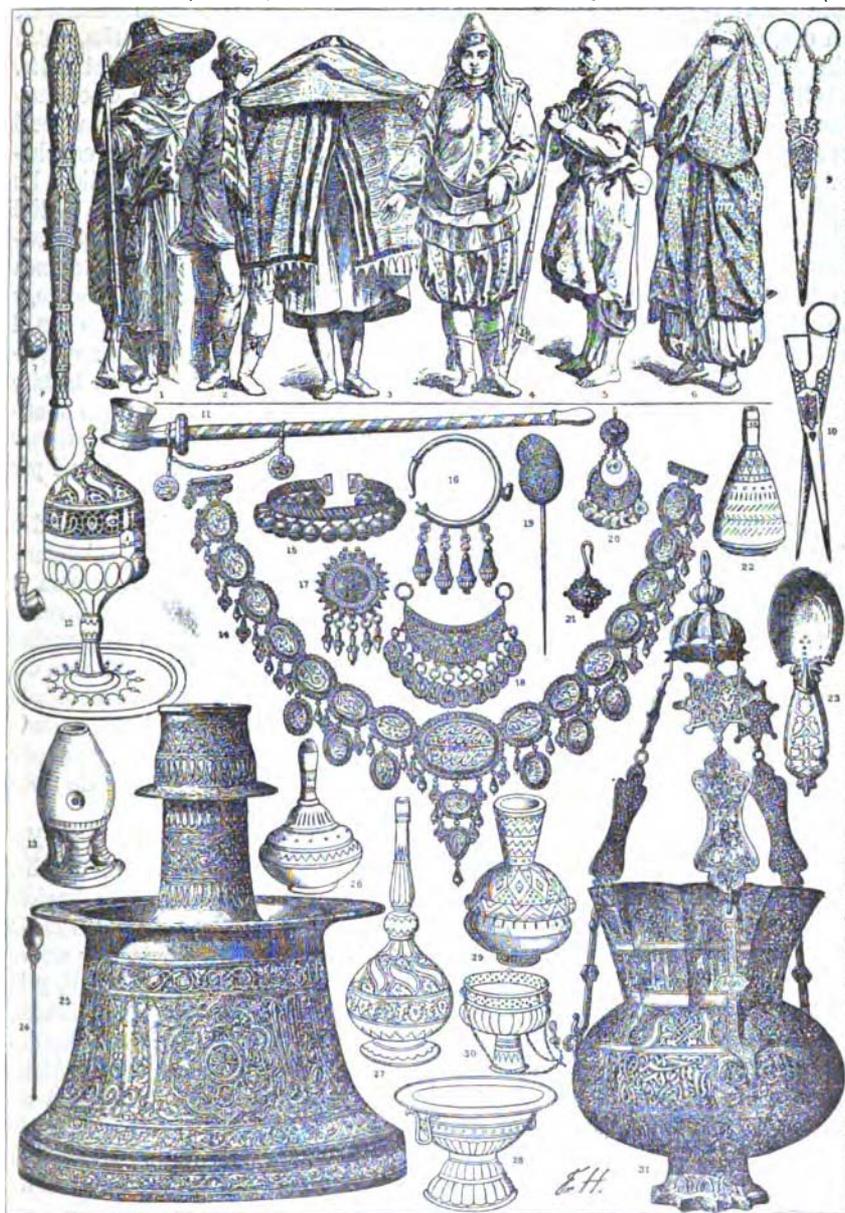
(1) A propósito de esto cuenta Sandoval el siguiente ejemplo de justicia y de Se-
 veridad. Un Labrador de Galicia vino á quejarse al emperador de fuerzas y agravios que
 le había hecho un caballero infanzón su vecino, llamado don Hernando. Mandó el mo-
 narca al ofensor que satisficiera al agraviado, y juntamente escribió al merino del reino
 para que le hiciera justicia. Ni don Hernando cumplió lo que el emperador le mandaba,
 ni el merino fué parte para compelerle á ello. El Labrador repitió su queja; sintió tanto
 el emperador su desacato, «que á la hora, dice el cronista, partió de Toledo, tomando
 el camino de Galicia, sin decir á nadie su viaje, yendo disimulado para no ser sentido.

cristiano, pero no menos enemigo del nombre almoravide, que ha venido á destruir, á arrojar del suelo español á otro pueblo mahometano como él, y africano como él, y á fundar sobre las ruinas del imperio almoravide otro imperio y otro trono?

A principios del siglo VII, siendo Alí ben Yussuf emperador de Marruecos y rey de los Almoravides de España, un tal Mohammed Abu Abdallah, cuyo padre dicen que tenía el cargo de encender las lámparas de la grande aljama de Córdoba, con el deseo de instruirse en las cosas de su fe, después de haber estudiado en Córdoba, pasó á Oriente, y llegando á Bagdad entró en la escuela en que daba sus lecciones el filósofo Abu Hamed Algazalí, que se distinguía por sus doctrinas contrarias á la fe ortodoxa de los musulmanes. Fijóse el doctor en aquel hombre, y al ver su extraño traje le preguntó:—Extranjero, ¿de qué país sois?—Soy, respondió, de al-Aksah en las tierras de Occidente.—¿Habéis estado en Córdoba, la escuela más célebre del mundo?—Como Mohammed contestase que sí, le preguntó Algazalí:—¿Conocéis mi obra *Del renacimiento de las ciencias y de la ley?*—La conozco, le respondió.—¿Y qué se dice de ella en Córdoba?—Suspenseo y embarazado se quedó el extranjero; mas instado por Algazalí á que se explicase con franqueza, «Doctor, le dijo, vuestro libro ha sido condenado al fuego por la academia de Córdoba, como contrario á la fe pura del Islam, y esta sentencia ha sido confirmada por Alí, el cual ha mandado quemar todos los ejemplares de vuestra obra, no sólo en Córdoba, sino en Marruecos, en Fez, en Cairwán y en todas las academias (e Occidente.» Algazalí, levantando los brazos al cielo y pálido de ira, exclamó con temblorosa voz: «¡Destruye, Allah, y aniquila el imperio de ese hombre, como él ha destruído mi libro!—Y que sea yo, oh ilustre imán, añadió entonces Abu Abdallah, que sea yo el ejecutor de vuestros votos!—Así sea, exclamó Algazalí: Señor, cúmplase mi deseo por las manos de este hombre!»

Desde entonces concibió Abu Abdallah el pensamiento de acabar con el imperio de los Almoravides, y volviendo á su patria en África comenzó á predicar con fervoroso celo de ciudad en ciudad la doctrina de Algazalí, como encargado de una misión divina, declamando contra la relajación de los musulmanes, y procurando atraerse la admiración y el respeto por la severa austeridad de sus costumbres, y no ostentando otro haber que un bastón y un vaso de cuero. Dióse el nombre de *El Mahedi* (el conductor). No tardó el nuevo apóstol en hacer algunos prosélitos: la suerte le deparó entre los primeros á un joven de noble raza y de bella y arrogante figura, llamado Abdelmumén (el servidor de Dios). Desde luego penetró El Mahedi las grandes disposiciones naturales de aquel joven, y le hizo su compañero. Juntos se dirigieron los dos socios á Marruecos, residencia del emperador Alí. La corrupción de la capital les ofreció abundante ma-

Llegó así sin que don Hernando lo supiese, y haciendo pesquisas de la verdad, esperó que don Hernando estuviese en su casa y cercóle, y prendióle en ella, y sin más dilación mandó poner una horca á las puertas de las mismas casas de don Hernando, y que luego le pusiesen en ella, y al labrador volvió y entregó todo lo que se le había tomado.—Hecho esto volvióse para Toledo.»



TRAJES, JOYAS, VASIJAS Y UTENSILIOS DE LOS ÁRABES

1 á 6. Trajes de árabes de ambos sexos. - 7, 8 y 11. Pipas ó narguilés. - 9 y 10. Tijeras. - 12 y 13. Pebeteros. - 14 á 21. Adornos. - 22 á 31. Jarras, candeleros, lámparas y otros objetos de uso doméstico.

teria para sus predicaciones contra la desmoralización de los musulmanes. Un día, cuando el pueblo se hallaba reunido en la gran mezquita, entró Abu Abdallah, y con admiración de todos se sentó en la tribuna del *Emir*. Advirtióselo un ministro, y le respondió con severa gravedad: «Los templos sólo pertenecen á Dios.» Aunque entró el emir, Abdallah permaneció en su puesto sin inmutarse: leyó un capítulo entero del Corán, y concluída la oración, saludó al salir al soberano, y le dijo: «Pon remedio á los males de tu pueblo y á los abusos de tu gobierno, porque Dios te pedirá cuenta del poder que te ha confiado.» Asombrado Alí, no supo qué responderle, y aquella atrevida amonestación dejó una impresión profunda en la muchedumbre. Con esto la osadía de El Mahedi fué creciendo, y como un día encontrase á la hermana del emir paseando á caballo con el rostro descubierto, contra las leyes del Corán, no contento con reprenderla agriamente, puso las manos en su cuerpo con tal rudeza que la hizo caer del caballo: la desgraciada princesa refirió llorando su injuria al emperador su hermano, pero el sufrido y paciente Alí no hizo sino desterrar de Marruecos al audaz ofensor, teniéndole más por insensato que por dogmatizador peligroso y temible.

No se alejó mucho el nuevo misionero. En un cementerio cercano á la ciudad construyó una cabaña ó ermita para sí y para su fiel Abdelmumén, desde donde comenzaron á declamar con más violencia contra la impiedad de los Almoravides; y como éstos no tenían muy en su favor al pueblo ni en África ni en España, pronto acudió la multitud á escuchar gustosa los atrevidos y acalorados discursos que de entre las tumbas del cementerio se lanzaban contra sus dominadores. Ya esto puso en cuidado á Alí y dió orden para que se prendiese al perturbador; pero él, avisado del peligro, se huyó á Tinmal seguido de una turba de prosélitos; extendióse su fama por el Atlas, y allegósele un prodigioso número de discípulos.

Anunciábales allí en sus sermones la venida del gran Mahedi (el Mesías), que había de traer á la tierra la paz y la bienaventuranza. Un día, con arreglo á un plan de antemano concertado, cuando él estaba haciendo la descripción de las virtudes del gran Mahedi y del modo cómo había de reformar y hacer feliz el mundo, se levantaron Abdelmumén y nueve más y exclamaron: «¡Oh Mohammed! tú nos anuncias un Mahedi, y la descripción que de él haces sólo te cuadra á tí; sé pues nuestro Mahedi, y todos te obedeceremos.» Levantáronse en seguida los demás discípulos y juraron todos obedecerle hasta la muerte. Dejose proclamar Abu Abdallah, y constituyéndose en fundador de un pueblo nuevo, procedió á organizarle, haciendo su primer ministro á Abdelmumén, á quien asoció nueve más, que eran como sus decemviros. Distribuyó á los demás en otras nueve clases, entre las cuales se contaban otros dos consejos, uno de cincuenta individuos, y otro de setenta, y además la clase de alimes ó sabios, la de hafizes ó intérpretes de las tradiciones, etc. Allí juntó ya un ejército de diez mil de á caballo y muchos más de á pie, y con él se encaminó á Agmat, en ocasión que el emperador Alí volvió de España á Marruecos (1121).

Fué ya preciso que el walf de Sus marchara contra los rebeldes; mas

no atreviéndose á acometerlos, pidió socorro á Marruecos, y salió Ibrahím, hermano del emperador, con gran refuerzo de gente. Encontráronse con los Almohades, que este fué el nombre que tomaron los secuaces del Mahedi (1). Tuvieron éstos la fortuna de salir vencedores, y este primer triunfo les dió un prestigio á que ayudó mucho la superstición de aquellos pueblos. Juntó otro ejército el emperador, y después de un porfiado combate tuvo también la desgracia de ser derrotado, cosa que no dejaba el Mahedi de atribuir en sus proclamas á protección visible del cielo. Sobresaltado ya el emperador, llamó de España á su hermano Temim, que había adquirido gran reputación de guerrero; Temim fué contra los rebeldes, los cuales se habían atrincherado en las alturas de las sierras del Atlas. Los Almoravides treparon con valor para desalojar á los enemigos de aquellas cumbres; pero de repente entró la confusión y el desorden en las filas delanteras, y cayendo unos sobre otros rodaron multitud de soldados por los despeñaderos, á cuyo tiempo salieron los Almohades de entre las breñas, y por tercera vez derrotaron á las tropas de Alí.

Quería el Mahedi tener una ciudad fuerte, en la cual pudiera con seguridad hacer sus preparativos para las grandes conquistas que ya meditaba. Fortificóse, pues, en Tinnal, situada en la cima de un peñasco inexpugnable, rodeada de espantosos desfiladeros y precipicios, y á la cual se subía por escalones cortados en la misma piedra. Desde allí hacían los Almohades continuas irrupciones en el llano. Al cabo de tres años creyéronse bastante fuertes para dar un golpe á la misma capital de Marruecos, y bajando de Tinnal en número de treinta mil marcharon en derecha sobre la corte de los Almoravides. Juntó el emperador Alí para oponer á los Almohades un ejército de cien mil hombres, con los cuales les salió al encuentro: pero vencidos otra vez los Almoravides, Marruecos vió acercarse hasta sus muros las entusiasmadas huestes del Mahedi. Sin embargo, más bravos los Almohades en la pelea que diestros en tomar plazas, se dejaron sorprender una noche, y fueron la mayor parte pasados á cuchillo. Cuando la noticia de este desastre llegó á Tinnal, el Mahedi, que se había quedado allí enfermo, preguntó si se había salvado Abdelmumén, y como le dijese que sí, exclamó: «Pues entonces nuestro imperio no está perdido.» Necesitaban, no obstante, los Almohades algún tiempo para reponerse de aquella desgracia (1125).

El estado de la España les favorecía mucho. Era cuando Alfonso de Aragón el Batallador, después de tomada Zaragoza, había hecho aquella atrevida irrupción en Andalucía, en que venció á tantos régulos musulmanes, y estuvo á pique de apoderarse de la misma Córdoba, y cuando los mozárabes de las sierras de Granada y Jaén se incorporaron á las banderas del rey de Aragón: motivo por el cual adoptaron desde entonces los Almoravides el partido y sistema de trasportar á África cuantos cristianos españoles cogían, para hacerlos servir allí en la guerra contra los Almohades.

(1) Según Abulfeda y Dombay *Almohades* quiere decir *Unitarios*, creyentes en un solo Dios, por contraposición á los idólatras y á los cristianos, á quienes llamaban *mohrikun* (politeístas), porque creían y adoraban la Trinidad.

Cuando el Mahedi se creyó bastante reparado de su pasada pérdida, dispuso emprender de nuevo la campaña; mas como su salud no se hubiese mejorado, encomendó el mando de las tropas al hombre de su confianza, á Abdelmumén; el cual salió con treinta mil jinetes y gran número de gente de á pie, resuelto á lavar la mancha que en la anterior derrota había caído sobre los Almohades. Grandemente lo consiguió Abdelmumén desbaratando á los morabitas y persiguiéndolos otra vez hasta las puertas de Marruecos; pero ahora no se atrevió á sitiar la ciudad, y se volvió á Tinmal.

La salud del profeta había seguido empeorándose; y sintiéndose ya cercano á la muerte, congregó la tropa y el pueblo, les exhortó á perseverar en la doctrina que les había enseñado, entregó á su predilecto discípulo Abdelmumén el libro de su fe, que él había recibido de manos del mismo Algazalí, y cuatro días después murió en la luna de Moharrán del año 524 (diciembre de 1129). Después de su muerte los principales caudillos reconocieron por califa ó Emir Almumenín al valiente general y discípulo de su profeta, Abdelmumén, que tal había sido la última voluntad de el Mahedi (1).

Este intrépido guerrero llegó en tres años á reducir á muy estrechos límites el imperio de los Almoravides en África, habiéndose hecho dueño de todas las tierras que están entre las montañas de Darah y Salé (1132). Aterrado Alí con tan repetidas derrotas, y al ver la pujanza que iban tomando los Almohades, no sabiendo ya qué partido tomar contra tan poderoso enemigo, adoptó, siguiendo el dictamen de sus consejeros, el de asociar al imperio á su hijo Tachfin, que se hallaba en España, donde se había granjeado gran reputación de guerrero esforzado y valiente. Pero los negocios de España tampoco marchaban en prosperidad para los Almoravides: porque si durante las turbulencias del reinado de doña Urraca habían ganado algo por la parte de Castilla y Portugal, tenían que

(1) El autor del libro de los Príncipes (Kitab el Moluk) cuenta haberse hecho la elección y nombramiento de Abdelmumén de la siguiente dramática manera. La muerte del Mahedi estuvo algún tiempo oculta, y Abdelmumén gobernaba en su nombre como si viviese. Entretanto Abdelmumén acostumbró á un leoncillo que criaba á hacerle caricias, y enseñó á un pájaro á pronunciar en árabe y en berberisco estas palabras: «Abdelmumén es el defensor y el apoyo del Estado.» Llegado el día en que ya fué preciso publicar la muerte del Mahedi y proceder á la elección de nuevo emir, congregó Abdelmumén á los jueces y caudillos en una sala bien preparada de antemano para su proyecto. Pronunció Abdelmumén una arenga, manifestado el objeto de la reunión y la necesidad de nombrar un califa que gobernara y sostuviera el imperio. En un momento de silencio que guardó la asamblea se oyó una voz que dijo: «Victoria y poder á nuestro Señor, el califa Abdelmumén, emir de los creyentes, amparo y sostén del imperio.» Era el pájaro que estaba oculto en la parte superior de una columna del salón. Al propio tiempo se abrió una puerta, de donde salió un león, cuya presencia aterró á todos los circunstantes: sólo Abdelmumén se dirigió con mucha calma á la fiera, la cual, moviendo su larga cola, comenzó á hacerle caricias y á lamerle suavemente las manos. No podían darse señales más claras y evidentes de la voluntad de Dios en favor de Abdelmumén: aclamáronle todos á una voz, y le juraron obediencia y fidelidad. El león le seguía y acompañaba á todas partes, y el poeta Abi Aly Anás celebró esta elección en elegantes versos.

habérselas ahora con su hijo Alfonso VII el emperador, que no era menos terrible contrario que el otro Alfonso aragonés. Fué no obstante necesario que Tachfin pasase á África, puesto que allí era el asiento principal del imperio de los lamtunas, y así lo hizo, llevándose consigo cuantos cristianos españoles pudo, ya por sistema, ya en venganza de la ejecución hecha en los musulmanes por las tropas de Alfonso VII en el sitio de Coria. Con la ausencia de Tachfin de España empeoró acá la situación de los Almoravides y no ganó mucho en la Mauritania. Rebeláronse los agarenos de Algarbe y Andalucía, y vinieron las sangrientas escenas que hemos descrito entre andaluces y africanos, mientras en África el formidable Abdelmumén continuaba ganando victorias y poniendo cada vez en situación más apurada el soberbio imperio de los Almoravides.

Murió el emperador Alí agobiado de disgustos (1143), y sucedióle su hijo Tachfin, el cual trató de dar nuevo y mayor impulso á la guerra para ver de sostener el vacilante imperio. Favorecióle la fortuna en los primeros combates; pero fué luego otra vez vencido por Abdelmumén, que le persiguió hasta encerrarle en Tremecén, y aun dió á la ciudad varios asaltos. Después, dejando bastante número de tropas para que continuaran el asedio, marchó contra Orán. Encerrado el emperador almoravide en Tremecén, hizo ya aparejar sus naves para refugiarse en España en el caso de ver perderse el África enteramente. Mas como tuviese sus tesoros en Orán, y por otra parte no pudiese resistir ya más tiempo en Tremecén, acudió á aquella ciudad por si podía salvarla y salvar sus riquezas, llegando á punto que estaba ya para venir á capitulación. Aunque al pronto su presencia alentó á los sitiados, conoció, no obstante, que no le quedaba otro recurso que pasar á España, y con el deseo y propósito de ganar otra vez el puerto en que tenía sus naves, salió una noche de Orán: el caballo se espantó y cayó despenado en un precipicio; á la mañana fué hallado el caballo muerto y junto á él el cadáver del rey Tachfin magullado. Abdelmumén le hizo cortar la cabeza, que envió á Tinmal, y el cuerpo fué clavado en un sauce. Orán capituló, y Abdelmumén entró en ella triunfante en la hégira 540 (junio de 1145).

Las ciudades que aun quedaban sujetas al imperio de los Almoravides reconocieron por sucesor de Tachfin á su hijo Ibrahím Abu Ishak. Poco tiempo duró al nuevo emir su casi ya nominal imperio. El activo Abdelmumén, después de haber tomado varias ciudades, revolvió otra vez sobre Tremecén; la obstinada defensa que hicieron los sitiados sólo sirvió para hacer más lastimosa su suerte, pues tomándola Abdelmumén por asalto, pasó á cuchillo á cuantos se pusieron delante de sus enfurecidas huestes. Detúvose allí algún tiempo, no sin enviar al sitio de Fez á sus caudillos, los cuales de paso tomaron por capitulación á Mequinez. También Fez se defendió vigorosamente; y viendo Abdelmumén que se dilataba el cerco, pasó allá, y dispuso para rendir la ciudad una estratagemata que le dió más prontos y eficaces resultados que todas las máquinas con que la combatía.

Hay un río que atraviesa la ciudad y cuyo cauce es estrecho y profundo. Abdelmumén hizo atajar la corriente de este río con un murallón construído de troncos y ramas de árboles: formóse pronto un inmenso

pantano que asemejaba un mar; y cuando las aguas empezaban ya á rebotar por los campos hizo romper el dique de aquel gran depósito, que con ímpetu terrible y estruendo espantoso fué á azotar los muros de la ciudad: casas, templos, puentes, cayeron derruidos al impulso de aquella gigantesca mole de agua, y hasta un lienzo de la muralla se desplomó arrancados sus cimientos. Todavía, sin embargo, defendieron los sitiados con heroico esfuerzo los boquetes abiertos por el torrente impetuoso, y todavía hubieran dado mucho que hacer á los Almohades, si los cristianos andaluces que dentro había no hubieran concertado con Abdelmumén la entrega de la ciudad. Entró, pues, Abdelmumén en Fez, y fué proclamado rey de los Almohades. Pronto se le entregaron Agmat, Mekinez, Salé, quedándole sólo Marruecos, la corte del ya expirante imperio de los Lamtunas.

Era por este tiempo cuando en el Mediodía de España se habían levantado las ciudades contra el poder de estos dominadores, y los sublevados del Algarbe español, dirigidos por Abén Cosai, habían reclamado ya el apoyo de los Almohades de África. Entonces fué cuando Abdelmumén, acabadas las conquistas de Almagreb, y hallándose en el mismo caso que en otro tiempo Yussuf rey de los Almoravides, dispuso que su caudillo Abu Amram franquease el estrecho y pasase á España con diez mil caballos y doble número de infantería, á proteger la bandera almohade levantada en la Península y á afirmar en ella su imperio como le iba afianzando en África, de la misma manera que Yussuf lo había hecho sesenta años antes. Algeciras, Gibraltar, Jerez, Sevilla, Córdoba, Málaga, fueron sucesivamente recibiendo en su seno á los nuevos africanos, y enarbolando en sus alcázares la bandera blanca de los Almohades, y abatiendo el negro estandarte de los Almoravides, mientras Abdelmumén se ocupaba en África en rendir á Marruecos, última ciudad en que Ibrahím Abu Ishak mantenía una sombra de poder. No referiremos los ardidés de guerra que empleó Abdelmumén para apoderarse de la populosa corte de los Almoravides; sólo diremos que escarmentados los sitiados en diferentes reencuentros, y no atreviéndose ya á hacer nuevas salidas, viéronse reducidos á un hambre tan horrorosa, que pasaban de doscientos mil los cadáveres de los que murieron de inanición; á los que sobrevivían faltábanles fuerzas para sostener las armas; un silencio pavoroso reinaba en una ciudad que poco antes hervía de gente: tan horrenda calamidad acompañó la caída del imperio de los Almoravides. En tal estado poco podía prolongarse la resistencia. En el primer asalto general entraron los sitiadores «como rabiosos lobos en redil de tímidas ovejas,» usando de la expresión de una crónica arábiga (1).

Ibrahím y los jeques que aun quedaban vivos fueron extraídos del alcázar y llevados delante del conquistador. Al ver éste á Ibrahím en la flor de su edad, conmovido de su desgracia, que hacía más interesante su gallarda presencia, manifestó su intención de perdonarle la vida y el vencido emperador se postró á sus pies rogándole también que se la perdonase. Este acto de humillación irritó de tal modo á un jeque Almoravide, que

(1) Conde, part. III, cap. XL.

escupiendo á su mismo imán en la cara: «Miserable, le dijo, ¿piensas que diriges esos ruegos á un padre amoroso y compasivo que se apiadará de tí? Sufrir como hombre, que esta fiera ni se aplaca con lágrimas ni se harta de sangre.» Estas altivas palabras enojaron de tal modo á Abdelmumén, que en el ardor de su cólera mandó cortar la cabeza, no sólo al rey Ibrahím Abu Ishak, sino á todos los jeques y caudillos, sin hacer gracia á ninguno de ellos. El ejemplo de Abdelmumén fué seguido por sus soldados, y por espacio de tres días hubo una matanza tan horrorosa, que al decir de Abén Iza murieron en aquella miserable ciudad más de setenta mil personas. Tan horrible y espantoso remate tuvo el imperio de los Almoravides. Otros tres días estuvo la ciudad cerrada y como desierta. Luego se purificó según la doctrina del Mahedi, derribáronse sus mezquitas, y mandó Abdelmumén construir otras nuevas. Marruecos fué de nuevo reedificada y embellecida con magníficos edificios. El conquistador tomó el título oriental de Emir Almumenín, ó jefe de los creyentes.

Lo que durante estos memorables sucesos de África y algunos años después aconteció en nuestra España, lo dejamos referido en el capítulo precedente. Los fuertes de Oreja, Coria, Mora y Calatrava caían en poder del emperador Alfonso VII. La importante plaza de Almería era arrancada de las manos de los Almoravides; Santarén y Lisboa entraban en los dominios del rey cristiano de Portugal Alfonso Enríquez; Tortosa, Lérida y Fraga se rendían á las armas catalanas y aragonesas conducidas por Ramón Berenguer IV. Los Almoravides hacían los postreros esfuerzos por conservar una dominación que se les escapaba de las manos. Abén Gania, su último caudillo, había apelado á la protección del rey de Castilla Alfonso VII como en otro tiempo Ebn Abed había buscado el auxilio de Alfonso VI. Ahora como entonces no eran sino vanas y desesperadas tentativas de una dominación moribunda sentenciada á ser reemplazada por otra. Abén Gania murió peleando en los campos de Granada, y Granada levantó pendón por los Almohades. Pasaron algunos años, en que los monarcas y príncipes españoles apenas hicieron otra cosa, como hemos visto, que entretenerse en concertar y realizar matrimonios, ó confederarse entre sí para repartirse algún reino cristiano. Dieron con esto lugar á que los Almohades se fueran enseñoreando de todo el Mediodía de España, y cuando en 1157 acudió el emperador á atajar sus progresos, los laureles de la victoria y los cantos de triunfo de sus soldados casi se confundieron con las lágrimas y suspiros de los españoles que lloraban la pérdida del monarca vencedor. Y con la muerte de Alfonso VII quedaron los Almohades dueños de la España musulmana, pasando el imperio de Yussuf al dominio de Abdelmumén (1).

La suerte de las poblaciones árabes en nada mejoró con este cambio de dominación. Sujetas como antes á una raza berberisca, aun fué más humillante el yugo que tuvieron que sufrir con esta segunda conquista. Al fin los Almoravides no habían podido olvidar que sus mayores eran originarios del Yemen, y aun conservaban con los árabes algunas atenciones,

(1) Hállanse larga y minuciosamente referidas estas guerras entre Almoravides y Almohades en los árabes de Conde, part. III, cap. desde el 26 al 44.

bien que los tratasen como á un pueblo vencido. Los Almohades, africanos puros, hacían del origen árabe un título de proscripción. Así poco á poco fué desapareciendo la antigua raza, y pronto la población musulímica de España quedó reducida á moros africanos.

CAPÍTULO IX

PORTUGAL

Origen y principio de este reino.—Cuándo empezó á sonar en la historia el distrito Portucalense.—Primer conde de Portugal Enrique de Borgoña. Su ambición; sus planes; inutilidad de sus esfuerzos por apropiarse una parte de León y de Castilla.—Su esposa doña Teresa.—Proyectos ambiciosos de la condesa viuda.—Tratos, alianzas, guerras y negociaciones durante el reinado de su hermana doña Urraca de Castilla.—Tendencia de los portugueses á la emancipación.—Pactos y guerras de doña Teresa de Portugal con Alfonso VII de Castilla.—Revolución en Portugal.—Sus causas.—Es expulsada doña Teresa y proclamado su hijo Alfonso Enríquez.—Guerras y negociaciones del príncipe de Portugal con el monarca castellano.—Tratado de Tuy.—Famosa batalla de Ourique.—Fundamento de la monarquía portuguesa.—Tregua de Valdevez.—Conferencia y tratado de Zamora.—Es reconocido Alfonso Enríquez primer rey de Portugal.—Cuestión de independencia.—Recorre Alfonso de Portugal á la Santa Sede para legitimarla.—Carta del emperador al papa.—Contestaciones de los pontífices.—Separación definitiva de Portugal.

Cuando el feliz acacimiento de la unión de Aragón y Cataluña parecía impulsar la España hacia la apetecida unidad, otra parte integrante del territorio español se iba poco á poco desmembrando de la corona de Castilla hasta erigirse en reino independiente, segregándose así dos Estados que la naturaleza parece había formado para constituir dos bellas porciones de un vasto imperio, de la monarquía española, que con ellas sería una de las más ricas y poderosas naciones de Europa. Veamos por qué pasos llegó Portugal á separarse de Castilla y á alcanzar su independencia.

La antigua Lusitania había corrido en todas las épocas y dominaciones la misma suerte que todos los demás distritos de la Península. Otro tanto sucedió en los primeros siglos de la restauración. Hacia el siglo x, comenzó ya á nombrarse el distrito de *Portucale* ó *Terra Portucalensis*; porque así como Coimbra era la población más importante sobre el Mondego, *Portucale* era á su vez la más notable sobre el Duero (1). Cuando el rey de Castilla y de León Fernando el Magno rindió á Coimbra, encomendó el gobierno del territorio comprendido entre el Mondego y el Duero, en que estaba la tierra portucalense, al mozárabe Sisnando, que había sido vazzir del rey árabe de Sevilla (2); el cual le gobernó con pru-

(1) *Cale, Portucale, Portugal*.—Sobre el origen de *Cale* y su situación á la margen izquierda del Duero en tiempo de los romanos, véase á Flórez, *España Sagrada*, t. XXI, página 1 y sig.—De *Portucale* en el siglo v, habla la Crónica de Idacio.—Menciónase en el siglo ix en la de Sampiro, y en el x en el Libro Preto da Sé de Coimbra.—Sobre la formación del distrito Portucalense y Portugal puede verse la not. 1 al libro I de la Hist. de Herculano.

(2) Part. II, lib. I, cap. xxii de nuestra Historia.